



Ibsen.

Celebridades.

Ocho años contaba el que después había de ser insigne poeta y dramaturgo, honra de su país, cuando su padre, que era comerciante en Skien, tuvo que declararse en quiebra. El matrimonio, con el hijo, retiróse á una casita de las afueras de la ciudad, donde vivieron modestamente.

Carácter poco comunicativo y taciturno, Ibsen, á tan temprana edad, gustaba del aislamiento, y su distracción única consistía en pintar, mostrando gran afición por la arquitectura.

Instigado por los consejos de sus padres, que querían hacer de él un *hombre de provecho*, entró á ganar un modesto sueldo como dependiente en una botica de Grimstad, pueblo próximo al de su residencia.

Contaba entonces diez y seis años, y datan de esta época las primeras manifestaciones de su vocación por la poesía. Algunos epigramas que escribió fueron mal recibidos, y entonces, deseando ampliar sus conocimientos, empezó á prepararse para ingresar en la Universidad.

No descuidó por esto la literatura, y aunque no emprendió entonces ninguna labor seria, continuó haciendo versos que no llegaron á merecer los honores de la luz pública.

La revolución de Schleswig-Holstein, el levantamiento de Hungría, la lucha por la libertad de la prensa, le inspiraron hermosas poesías, y en Cicerón y Salustio, sus autores predilectos, su idealismo exaltado encontró por contraste con los modelos de su época los elementos de un drama de tendencias subversivas que escribió en 1849 con el título de *Catilina*.

No encontrando editor que quisiera publicar la obra, privóse hasta de lo más preciso para editarla; pero su esfuerzo fué completamente inútil, pues habiéndose vendido apenas treinta ejemplares, tuvo la amargura de ver que su trabajo pasaba inadvertido, además de no poder resarcirse de los gastos hechos.

La proximidad de los exámenes le llevó á Christiania en Marzo de 1850, y aprovechando las vacaciones escribió un drama en un acto y en verso, *El Tímulo*, cuyos héroes buscó entre los Vikings. Diéronse tres representaciones de la obra, que á pesar de merecer elogios de la crítica no llegó á abrirle las puertas de la popularidad.

Arrebatado por las ideas democráticas, fundó un periódico, *El Hombre*, en el cual publicó muchas poesías que tampoco merecieron interés por parte del público, y viendo que el estreno de su obra *La noche de San Juan* era recibido con desdenosa frialdad, comenzó á dejarse influir por el desaliento.

Providencialmente, Ole Bull, que acababa de fundar un teatro en Bergen, ofrecióle la dirección, y pensionado al efecto, Ibsen fué á estudiar el arte escénico en el extranjero. En Copenhague y Dresde se familiarizó con la escena, y cuando regresó á Bergen comenzó á manifestar la influencia ejercida en su ánimo por las nuevas ideas que sorprendió en aquellos países. *Madame Inger*, que plantea un conflicto de patriotismo y amor paternal, y la *Fête de Solhang*, drama pasional que fué representado en Bergen, Christianía, Copenhague y Stockolmo, indican esta influencia, que encauzada posteriormente había de dar al dramaturgo tan relevante personalidad.

En 1857 le fué ofrecida la dirección del teatro de Christianía y marchó de Bergen, donde no volvió hasta después de un año, para casarse con Susana Thoresen.

En 1862 escribió *La comedia del amor*, sátira del amor en el matrimonio; el público noruego recibió mal la obra por la poca armonía que la tesis ofrecía con sus gustos. Después, como un recuerdo de su primer drama histórico, escribió la tragedia *Los pretendientes*, de gran fuerza dramática.

Cerrado el teatro escandinavo y viendo Ibsen la hostilidad de que era objeto por parte de la prensa y de sus conciudadanos, salió de la ciudad y no volvió hasta 1874, después de haber viajado por diferentes capitales del extranjero, donde su presencia fué acogida con entusiasmo. En Roma escribió *Brand* y *Peer Gynt*, y más tarde una vigorosa sátira de la vida política noruega con el título de *La unión de los jóvenes* y *La casa de muñecas*, que traducida al castellano se representó hace poco en Madrid.

Posteriormente, alternando con sus poesías, consagróse á escribir el drama histórico *El Emperador de Galilea*, *La casa del pueblo*, *Los aparecidos*, *El pato salvaje*, *La dama del mar*, *Hedda Gøbler*, *El constructor Lolness*, *Lille Eyolf* y *John Gabriel Borkman*, que han consolidado su fama.

La labor gigantesca del dramaturgo noruego no ha sido recompensada por el público en la entusiasta proporción que merece. Es verdad que el arte de Ibsen, demasiado filosófico para las inteligencias vulgares, no es el que mejor armoniza con las exigencias del teatro.

E. Contreras y Camargo.



El salón de Comares.

(CROMO)

Desde el suelo del mágico recinto
arranca la cenefa de azulejos
mintiendo un laberinto
de líneas, de colores y reflejos.
Ondeados listones
forman raros tableros,
donde en medio de plantas y florones
campean sobre ovales medallones
los cíficos letreros.
En ligera cornisa sustentado
desplégase el grandioso artesonado
que en millares de puntos resplandece,

imitando la bóveda estrellada
con tal exactitud, que á la mirada
el fulgurante alfarje le parece
un jirón de una noche de Granada.
Osada geometría
tejió la portentosa tracería.
Rompen el muro nueve miradores
que son nidos de encaje
y que brindan, del cielo á los fulgores,
un único y edénico paisaje:
bajo chorros de luz, leguas de flores.

Gonzalo de Castro.

LAS MOSCAS LUSITANAS

Ahora que las autoridades portuguesas han dado en perseguir cruelmente á los ratones, las pulgas y las moscas, por suponerles conductores espontáneos de la peste levantina, voy á copiar de mi libro de memorias algo que se refiere á estos animalitos:

«Yo conocía las moscas gallegas, que son de una pesadez y una terquedad desesperante; pero al lado de las lusitanas me parecen aquéllas hasta simpáticas inclusive. Las portuguesas no se incomodan por nada de este mundo. Se las echa de la nariz y se ponen en la mejilla; se las espanta de la mejilla y regresan á su procedencia para colocarse después en un ojo; del ojo pasan al cogote; del cogote á la nariz otra vez, y así sucesivamente hasta que tiene uno que dejarlas por imposibles.

Tengo una en este momento sobre el dedo gordo de la mano derecha y ya me voy acostumbrando al picor y á las cosquillitas. Tengo otra en un hombro desde esta mañana y ya no me molesto en despedirla, porque sé que no se ha de ir hasta que me acueste.

Hay momentos en que son tantas las moscas que pueblan mi domicilio que ni podemos hablar, ni comer, ni dormir, pues nos pasamos el día dando manotones y protegiéndonos los unos á los otros contra esta invasión formidable.

Ayer dejamos olvidado un merengue sobre la mesa, y antes de media hora ya se lo habían comido todo.

Y es el caso que hasta ahora no habíamos parado la atención en estos insectos aborrecibles; había algunos, pero picaban con discreción y se retiraban pacíficamente en cuanto se les hacía la indicación más insignificante.

Desde que hemos sabido que hay peste en Oporto, las moscas nos molestan muchísimo más que antes, y quejándonos de nuestra desgracia, nos dijo un portugués:

—Ustedes los españoles se impresionan demasiado y no tienen calma para soportar molestias. Nosotros vivimos todo el año entre moscas y lo pasamos perfectamente.

En efecto, he reparado que muchos portugueses llevan encima doscientas moscas y no dicen una palabra. Son moscas conocidas que han traído de su pueblo, y no sólo las soportan, sino que las mantienen.

Y á lo mejor oye usted preguntar en casa de una familia portuguesa:

—Margarita, ¿has echado de comer á las moscas?

—Me he olvidado.

—¡Pobrecillas! Ponles un poquito de azúcar sobre la mesa del comedor, que estarán en ayunas.

Estos portugueses tienen sentimientos muy humanitarios, y estoy por decir que con tal de no hacer daño á las moscas, son capaces de dejarse invadir por la peste.

¡Oh pueblo abnegado y generoso!

Luis Taboada.



A Isabel.

Son pueriles anhelos que yo he sentido
en mis primeros años de adolescente,
afanes de una gloria que se ha perdido,
ilusiones de dicha que no he vivido,
inconsciencias de un alma que vive y siente.

Eso son estos versos: los resplandores
de un sol que no ha rasgado nubes y nieblas,
quejumbres de recuerdos desoladores,
cantos de otras edades y otros amores
sumidos ya en el mundo de las tinieblas.

Y de ellas los arranco, los resucito
para que tú conozcas mis pensamientos;
ignoro si mis versos son un delito;
mas, si lo son, advierte que los he escrito
por descargar el alma de sentimientos.

Y así, sin los recuerdos en asechanza,
libre de convulsiones asaz violentas
que me dieron efímera bienandanza,
voy con rumbo hacia el puerto de la esperanza,
dejado atrás el puerto de las tormentas.

El alma es una nave que busca ansiosa,
á través de los climas y de los mares,
un límpido horizonte, luz misteriosa,
besos del aura tibia que, rumorosa,
traiga de la mañana dulces cantares.

Fué la nave de mi alma la fugitiva,
la errante buscadora de la ventura;
mas siempre en sus dolores se vió cautiva,
jamás encontró alegre la perspectiva,
navegó por las aguas de la amargura.

Y después de sufridas las tempestades,
de las sombras salvados los horizontes,
llegan hasta mi alma las claridades,
contemplo los contornos de las ciudades
y cerca ya del puerto miro los montes...

Puerto de la ventura, puerto querido,
por ti con hondas penas he suspirado,
la nostalgia de hallarte me ha encanecido,
el combate fué rudo, pero he vencido:
en ti voy al mañana, muerto el pasado.

Vicente Casanova.

24 Octubre 93.



LA EQUIDAD

(CUENTO BATURRO)

Mariano era hijo único de un labrador muy rico del Campo de Cariñena. En aquella casa de labranza se respiraba la abundancia y el bienestar desde la mesa á los graneros. Muchos pares de mulas orondas y relucientes, continuo trajinar de criados y el líquido rebosante, lo mismo en las pilas de aceite que en las pipas de la bodega, eran testimonio elocuente de una riqueza positiva y sólida.

Como se ve, á Mariano le aguardaba brillante porvenir en el mundo, pero tal impresión le causó la muerte de su padre, que resolvió meterse en un convento, aportando, como es consiguiente, sus bienes todos al acervo de la comunidad.

Ya entre los frailes, Mariano, respetado, agasajado por sus compañeros, sacaba á relucir sus bienes y grandezas siempre que encontraba ocasión.

Paseaban, *verbi gratia*, por la huerta del convento, y Mariano decía:

—Para huerta, la que yo tengo. ¡Tengo yo una huertecica!

—Tenemos, hermano, tenemos—rectificaba un fraile.

Y Mariano se mordía los labios y cambiaba de conversación.

Si elogiaba la claridad y pureza del aceite que consumían en el refectorio, Mariano exclamaba:

—¿Qué vale este aceite comparado con el de mis olivos? Tengo yo un olivar. .

—Tenemos, hermano, tenemos, porque ya es de todos—respondía un fraile con cierto retintín.

Y siempre que el novicio elogiaba sus campo ó sus viñas, sus maizales ó sus pardi-
deras, la voz del fraile, cada vez más insinuante y expresiva, terminaba la cantine-
la con el estribillo de rigor:

—Tenemos, hermano, tenemos.

Ocurrió que un día Mariano se cogió los dedos en una puerta; acudieron los frai-
les á sus gritos, y preguntado por el accidente:

—¡Nos hemos cogido los dedos!—exclamó Mariano.

Y los otros, echándose atrás, le contestaron:

—Se los ha cogido, hermano, se los ha cogido.

Al siguiente día Mariano, desengañado del convento, que no del mundo, volvió á éste, en vista de que los frailes le dejaban solito con sus males y querían sus bienes para todos.

Luis Royo Villanova.

LAS HORMIGAS

Hablando con Labarta, el insigne dramaturgo, de las contrariedades que suele ofrecer la vida literaria, le pregunté una tarde:

—¿Usted no ha tenido alguna vez momentos de desaliento?

—He tenido tantos y tan grandes que en cierta ocasión estuve á punto de desertar para siempre de la lucha. Y ¿sabe usted quiénes me prestaron nuevos alientos? Las hormigas.

Y como notara mi extrañeza, siguió diciendo:

—Sí, señor, es muy posible que les deba mi felicidad. Escuche usted.

Hace veinte años llegué á Madrid lleno de fuerzas para trabajar, pensando ¡pobre tonto! que mi trabajo hallaría inmediata recompensa. Ese mismo sol que ahora se pone se ocultaba también á mi llegada, tal vez para no presenciar la entrada en la corte de uno de tantos ilusos que tras larga y ruda pelea suelen retirarse vencidos, dejando libre el campo á los que llegan detrás sedientos de lucha, desconociendo el fin que casi siempre tienen sus esperanzas.

¡Ah, la literatura!... ¡Cómo engaña á los jóvenes! ¡Cómo los deslumbra con su gloria! Es la querida eterna, caprichosa y casquivana; joven y bonita, llena de encantos y de seducciones, que después de engalanada con las ricas vestiduras del ingenio, después de trabajar para alimentarla, frunce el ceño cuando nos arroja en sus brazos hambrientos de caricias y nos despidе como se despidе al criado insolente.

Yo dejé mi pobre aldea ignorada y llena de monotonías, pero tranquila y llena de los encantos de mi infancia, para confundirme en Madrid con el montón anónimo que emborrona cuartillas en la sombra; dejé el cariño seguro de mi madre por la amistad problemática de los que habían de ser compañeros míos; dejé, en suma, la placidez de aquella vida por los continuos sobresaltos de otra que enfermaba mi cuerpo robándole vida minuto á minuto, y todo esto para encontrarme más tarde desalentado, débil, triste, sin fuerza par a seguir subiendo la empinada cuesta, sin casi aliento para proseguir el empezado camino, derrotado, en fin, en la pelea donde había dejado mis alegrías y mis esperanzas.

Y en tal situación de ánimo me hallaba cuatro años después cuando, abismado en estas reflexiones, vagaba á espaldas de la estación del Mediodía por los alrededores del cementerio del Sur. Iba decidido á que cesaran mis luchas, puesto que pensaba arrancarme una existencia que tan penosamente arastraba, y distinguiendo nerviosamente la culata de una pistola que ocultaba en el pantalón.

Dejéme caer en el improvisado asiento y escondí la cara entre las manos. Así permanecí algún tiempo, presa de una gran sobreexcitación nerviosa, producida por la idea de la mente.

Miré á mis pies y distinguí un hormiguero por donde pululaban multitud de himenópteros. Uno de ellos, de corpulenta cabezota, llevaba penosamente un grano de trigo que sujetaba entre sus antenas. Obstruí maquinalmente la entrada con mi bastón, y la hormiga, azorada en un principio, detuvo su marcha; pero bien pronto dió un pequeño rodeo sin hacer caso del obstáculo, y otra vez siguió con su carga. Volvíóseme á antojar cerrarla el paso, y volvió ella á dar vuelta al bastón sin parecer fatigarse. Decidido á cansarla, torné á detenerla, tornando el insecto á realizar la misma operación, hasta que, cansado del juego, lo abandoné, dejando que la hormiga siguiera imperturbable su camino hasta ocultarse en las profundidades del agujero.

Aquel incidente me hundió en serias reflexiones, y un rayo de esperanza pareció iluminarme.

Aún me parecía contemplar al animalito venciendo las dificultades que hallara y llegando, gracias á su gran obstinación, adonde le llevaba su voluntad.

Y sin embargo, los obstáculos eran serios para él, que de no haberme complacido en creárselos, hubiera tardado la mitad del tiempo en recorrer su camino.

Algo de esto me ocurrió á mí. También, como la hormiga, hallé pequeños obstáculos en mi carrera, que fueron agradándose hasta interceptar mi camino; pero con menos voluntad que el himenóptero, lejos de salvarlos como él, caía vencido ante una impotencia que no estaba probada suficientemente.

Y yo pensaba morir, desertando de una lucha á cuyo fin tal vez hallase la victoria, en tanto que el animalejo, con menos inteligencia y fuerza que yo, me daba lecciones de constancia, demostrándome que cuando se quiere se llega.

Aquel incidente, insignificante en otra ocasión, me hizo pensar en cosas que me devolvieron la fe perdida.

—¿Por qué no volver á trabajar?—pensé.—Morir en aquellos momentos me parecía ahora una falta de valor ante las contrariedades, y yo jamás había sido cobarde ante el dolor.

Saqué la pistola del bolsillo y la arrojé lejos de mí.



Anocheecía.

A espaldas mías quedaba el cementerio del Sur, más misterioso y fantástico por el silencio de la noche. A lo lejos se veía confuso Madrid iluminado por el gas.

Aún dudé unos instantes; pero sintiendo un estremecimiento involuntario al contemplar la ciudad de los muertos, pensé mirando á la ciudad de los vivos: ¡La vida me llama! ¡Volvamos á la lucha!

Y desde entonces no volví á desanimarme jamás.

Vea usted con cuánta razón digo que tal vez deba mi felicidad á las hormigas.

César Pueyo.



Gotas de tinta.

Empiezas bien. Anoche tus mejores
amigos censuraban con franqueza
vicios tuyos y errores.

Provocaste calumnias y rencores,
y eso casi es vencer: ¡así se empieza!
Dijo el mejor un chiste muy sangriento
que premiaron con risas los testigos
y yo escuché contento.

Su envidia demostraba tu talento;
si no, ¿para qué sirven los amigos?

Alberto Lozano.



¿REMORDIMIENTO?... ¡QUIA!

Por fin, después de seis horas de lluvia torrencial é incesante, á eso de las cuatro y media empezó á escampar, y el tío Baoro, á quien había sorprendido el temporal en sus tres hanegadas de tierra, obligándole á guarecerse en la especie de barracón que los valencianos destinan para guardar durante el invierno los cañizos paseros y que llaman *rin-ran*, decidió aprovechar un claro entre la pasada nube y

otra que en la misma dirección venía, no menos imponente que la anterior, para volverse á casa.

Aparejó en un santiamén su rucio, lióse lo mejor que pudo en la manta, y apretando los talones á la panza del sufrido animal, salió para el pueblo pensando en que su familia estaría ya en cuidado por su tardanza.

La media hora de todos los días convirtiéndose aquél en una larga, porque el agua había inundado la senda hasta el punto que casi estaba por completo borrada.

Al doblar el repechito en cuya falda elevábase la aldea, empezaron á caer de nuevo gotas.

El barranco venía rebosando de agua terrosa. El tío Baoro enfiló el único puentecillo que ponía en comunicación las dos orillas, y sin pararse á pensar en que los barrotes ya carcomidos que le servían de sostén podían haberse debilitado más por la lluvia y la corriente, ciñó de nuevo los tacones y murmuró:

—Que nos mojamos, morucho...

El burro, que se vió libre del fango que por el camino había entorpecido sus movimientos, salió de estampía y entró con ímpetu en el puente, el cual, no pudiendo resistir tanto peso, crujió con un crujido que parecía una queja y se fué al fondo con estrépito, llevándose consigo á caballo y caballero, que desaparecieron como por ensalmo bajo las aguas...



Al día siguiente apareció muerto en su lecho el alcalde del pueblo. El médico dijo que se trataba de un ataque de apoplejía fulminante. Pero las viejas del lugar siempre murmuradoras y chismosas, juraban y perjuraban que lo que había acabado con su vida era el remordimiento de haber sido el causante de la muerte del tío Baoro, por haberse quedado con el dinero que el Ayuntamiento destinaba á construir un puente de piedra, nuevecito y resistente, en sustitución de aquel carcomido y que amenazaba ruina hacía ya tres años...

¡Cosas de viejas!

Sinibaldo G. Gutiérrez.



Cabecita rubia.

Á Inesita.

Cabecita que ornaron de fulgores
los tibios rayos de la luz primera;
rama erguida y en flor, rama hechicera
que toca en el zenit de mis amores.

¡Cantad en esa cumbre, ruiseñores!
¡Bebe aquí tu alborada, Primavera!
¡Ungidla con fragancia duradera,
auras, resinas, líquenes y flores!

Y si suerte tan dulce no ha logrado
de aves, de sol, de aroma el poderío,
con que ornar á ese lirio immaculado,
bástale á robarme el albedrío
que, como ahora está, viva bañado
en inocente y celestial rocío.

J. L. Estelrich.



Nuestra HISTORIA CÓMICA

El grandísimo éxito que ha logrado la publicación de la *Historia cómica de España* en nuestro periódico, y el extraordinario favor con que el público ha acogido nuestra revista, nos fuerza a ser galantes y poner en su conocimiento que, una vez terminada la parte correspondiente a la PREHISTORIA Y ESPAÑA PRIMITIVA, que escribe el popular Taboada, seguirá la publicación de la segunda parte, que llevará por título PERÍODO CARTAGINÉS Y DOMINACIÓN ROMANA, y que está componiendo el celebrado poeta cómico D. Juan Pérez Zúñiga.

Seguirán a éste Sinesio Delgado, Vital Aza, Ramos Carrión, Felipe Pérez, Luceño y otros renombrados autores festivos, que compondrán indudablemente una de las historias más donosas que se haya podido imaginar.

A un pajarillo.

Pajarillo que pasas la vida
prisionero en tu jaula encerrado,
como perla en su concha escondida,
del mundo olvidado,
si por suerte fatal tu destino
te sujeta a tenaz cautiverio,
en las notas que formas un trino
se encierra un misterio.

En la dulce y sin par melodía
de ese canto, que el ámbito llena,
hay un algo que, al par que alegría,
prodúcese pena.

Pues al verte mirar, encerrado,
el purísimo azul de ese cielo
que el destino te tiene vedado
cruzar con tu vuelo,
yo no sé qué pensar: si sereno
se desliza, cantando, tu vida,
ó es que lloras, cantando con pena
la dicha perdida.

Casimiro Foraster.

BURLA BURLANDO

Dice un periódico que el Sr. D. Rubén Darío, poeta azul... y plomo, la emprende con la *ignorante* España y con los maestros españoles.

[Bien, D. Rubén! Sólo falta añadir que los españoles vivimos perfectamente sin haber menester la ciencia de los Salomones sudamericanos. Claro está que se entiende de esos Salomones que atribuyen dedos al viento y llaman *tela* a la atmósfera.

*

No le falta razón a Rubén Darío; pero también es una verdad de tomo y lomo que cuando algunos americanos llegan a nuestra península, se los pone en las nubes y se les da pie para eso: para ponernos como chupa de dómine.

Por gratitud, naturalmente.

—*—

Me preguntan algunos señores compradores de MISCELÁNEA el modo como han de arreglárselas para formar las colecciones de suplementos que

publicamos, y por qué el álbum de monumentos españoles comienza en la página 5 y por Burgos.

La cosa es sencillísima: el pliego de cuadros célebres y de obras maestras de la dramática va punteado por el centro para cortar y formar dos colecciones encuadernables, cuyas portadas daremos más adelante. En el pliego destinado a monumentos comienza la numeración en la página 5 porque falta la vista general de Burgos y la portada correspondiente, que ocuparán las cuatro primeras páginas del volumen; y hemos empezado por Burgos porque, habiendo de llevar cada provincia la paginación independiente, para formar tomo aparte, lo mismo da comenzar por Burgos que por Zaragoza ó Alava, pues nuestros lectores pueden ordenar después las provincias del modo que mejor les parezca: por regiones, por categoría, por orden alfabético, etc.

Para responder a nuestros lectores y colaboradores, estableceremos una sección de correspondencia a contar desde el número próximo.

Buen provecho y no nos olviden ustedes.